

# UN ESTILO PEDAGOGICO

Por TOMAS GARCIA DE LA SANTA

Catedrático

Se ha dicho muchas veces acertadamente, que la Iglesia tiene para cada época, para cada necesidad, el hombre providencial, hecho como a medida de las circunstancias, bien sea para secundarlas, bien —las más de las veces— para enderezarlas y corregirlas. Huelga citar aquí ejemplos de todos conocidos, y entre ellos, muchos gloriosos nombres españoles. En el campo de la educación, con mayor profusión que en cualquier otro, han florecido siempre dentro de la Iglesia pedagogos geniales. Hablaré solo de uno de ellos cuyos métodos he experimentado personalmente.

Durante el segundo tercio del siglo pasado, cuando Europa se industrializaba, cuando el liberalismo capitalista daba origen, como reacción natural, al marxismo y levantaba la cabeza el monstruo de la lucha de clases entre las masas desertoras del espíritu religioso, un sacerdote piamontés, hoy San Juan Bosco, empuñó la bandera de la formación cristiana de los jóvenes obreros, como prenda de armonía social. «Son inmensos los peligros que amenazan a las naciones—decía él mismo en 1860— si no se resuelve la cuestión obrera en sentido cristiano. El futuro será de quien haya sabido ganarse a los obreros». Su corazón apostólico, inmenso como las arenas del mar, se prodigó en todos los campos de actividad, en múltiples lugares del mundo. Pero de todas sus empresas la fundamental es sin duda la educadora. «Yo he sido enviado a los jóvenes», decía. La educación es, pues, sólo una parte de la misión de Don Bosco (como le llamamos sus alumnos familiarmente, a la italiana), pero desde luego la parte más importante y fundamental.

En esta materia formuló el santo educador la definición del llamado «Sistema preventivo», que consiste esencialmente en hacer conocer las prescripciones y reglamentos de un instituto, y después vigilar de modo que el alumno tenga siempre sobre sí la mirada paternal del director o de los asistentes que, como padres amorosos, hablen, sirvan de guía en todo, aconsejen y corrijan con cariño, que es como decir poner a los jóvenes en la imposibilidad de faltar. Este sistema se apoya sobre todo en la razón, la religión y el amor: por eso excluye todo castigo violento y procura alejar aún los más ligeros... Mientras sea posible, no se usen los castigos. Cuando la necesidad obliga, obsérvense los siguientes principios:

«El educador trate de hacerse amar de sus alumnos, si quiere hacerse temer...

Jamás castigos materiales; nunca palabras humillantes ni reproches severos delante de otros. En las clases resuene la palabra dulce, caritativa, paciente».

Por tanto los fundamentos del «Sistema preventivo», invirtiendo el orden en

que Don Bosco los expone, son el amor, la religión y la facultad racional.

El amor. En frase del propio pedagogo: «La práctica de este sistema está apoyada en las palabras de San Pablo, que dice: la caridad es benigna y paciente, todo lo sufre, todo lo espera, todo lo soporta». Sin amor no hay educación. Habrá orden exterior, pero no se llega al corazón del niño, pues el temor y la desconfianza son puertas férreas que hacen infranqueable el baluarte de la personalidad. Don Bosco lo comprendió así cuando dijo: «Debe darse a los alumnos amplia libertad de saltar, correr y gritar a su gusto...» Libertad y espontaneidad que en los colegios salesianos impregnan no solamente los juegos escolares, sino también las prácticas religiosas y las relaciones entre profesores y alumnos. Solo esta confianza, este respeto a la espontaneidad personal, pueden impedir que la vigilancia tan insistentemente recomendada por el creador del «Sistema preventivo», que constituye también una de las ruedas maestras de su sistema, degenerare en odiosa coacción policiaca. Aquí radica la misma excelencia del procedimiento: exigir de parte del educador una entrega total y absoluta a sus funciones, una paciencia amorosa, ilimitada, un esfuerzo incansable y tenaz. También, si faltan o decaen estas cualidades, surge aquí el mayor riesgo: coartar la espontaneidad, fomentar la hipocresía, criar flores de invernadero que se agostan al primer soplo del aire extracollegial.

La religión. Una anécdota vendrá como anillo al dedo.

Un ministro de la Reina de Inglaterra, de visita en un colegio salesiano de Turín, quedó maravillado al contemplar el orden que reinaba en la casa. Su admiración subió de grado al percatarse de que no se habían lamentado disturbios, siendo así que a veces los alumnos se hallaban solos por falta de personal.

## LA ENSEÑANZA MEDIA Y EL BACHILLERATO LABORAL

La Comisión Permanente del Patronato Nacional de Enseñanza Laboral se halla estudiando la aplicación del tercer párrafo del artículo 10 de la vigente Ley de Enseñanza Media, que dice así: «Disposiciones especiales regularán la posibilidad de cursar los estudios de Enseñanza Media y del Bachillerato Laboral en los mismos Centros».

Aunque la citada Comisión Permanente no ha terminado todavía su trabajo, puede anticiparse que discrecionalmente, el Ministerio podrá autorizar a los Institutos Laborales que hayan desarrollado por completo el Ciclo del Bachillerato Laboral—es decir, que lleven cinco años de funcionamiento— a completar los estudios de Enseñanza Media para aquellos Bachilleres laborales que lo deseen, con fines ulteriores de seguir carrera universitaria o de carácter técnico superior.

(De la carta quincenal núm. 19-20 del Sr. Director General)

—¿Cómo obtienen tanto silencio y disciplina? Digánmelo. Y usted, secretario, tome nota.

—Señor, nos valemos de un medio que no pueden emplear ustedes.

—¿Por qué?

—Son arcanos únicamente conocidos de los católicos.

—Y... ¿cuáles son?

—La frecuencia de los sacramentos de la confesión y comunión, y la misa cotidiana bien oída. Si no se usan, es necesario recurrir a la amenaza y al palo.

—Tienen razón, tienen razón. Lo contaré en Londres.

Don Bosco recalcó tenazmente este pensamiento: la confesión frecuente, la comunión frecuente y la misa cotidiana son las columnas del edificio educativo.

La razón. A poco que reflexionemos se nos revelará la profundidad psicológica humana de las prácticas y principios aludidos. La preocupación preventiva, el respeto a la personalidad, la distinción de las variedades individuales (que Don Bosco hace resaltar muchas veces desde un punto de vista práctico), la paciente comprensión de la ligereza infantil, entre otros muchos rasgos, son elementos profundamente racionales de la pedagogía salesiana. Pero estos elementos no han sido todavía organizados en un cuerpo de doctrina pedagógica científica. Su vigor y eficacia son innegables: a la vista están los resultados conseguidos por la educación salesiana, especialmente en el campo profesional obrero, con la aplicación de tales principios y procedimientos que constituyen, como ahora se dice, un verdadero y cautivador estilo educativo. Estilo que, traspasando la frontera de la institución saleriana ha penetrado hace años, más o menos conscientemente, en otras instituciones educativas cristianas, impregnándolas de su aroma inconfundible. Como estilo, es una forma de obrar y se aprende mejor viviéndolo y practicándolo que mediante el estudio. Si algún pedagogo bien preparado técnicamente afrontara la empresa de encajar ese estilo salesiano dentro de verdaderas fórmulas científicas, racionalmente sistematizadas, muchas instituciones docentes, hoy sin preparación educativa o que relegan la educación a un plano inferior, encontrarían facilitadas las tareas formativas.

Porque la preparación científica perfecta del personal docente es necesaria, insustituible, básica. La famosa fórmula «Saber no es saber enseñar» es máscara anacrónica de un carnaval trasnochado. Pero el porvenir de nuestros centros de enseñanza está en unir ciencia y formación. No creo que haya otro camino. Los Institutos Laborales, entidad joven y por lo mismo sujeto de muchas esperanzas y de no pocos riesgos, tienen ahí materia de meditación.